

The background of the cover is a deep blue and green starry night sky. At the bottom, there is a dark silhouette of a mountain range. The sky is filled with numerous small white stars and a prominent green aurora borealis that appears as a series of vertical, shimmering lines of light. The overall color palette is dominated by dark blues, greens, and whites.

SARA SEAGER

LAS LUCES MÁS
DIMINUTAS DEL
UNIVERSO

UNA HISTORIA DE AMOR,
DOLOR Y EXOPLANETAS

PAIDÓS

SARA SEAGER

LAS LUCES MÁS DIMINUTAS DEL UNIVERSO

Una historia sobre amor,
dolor y exoplanetas

Traducción de Ana Pedrero Verge

PAIDÓS Contextos

Título original: *The Smallest Lights in the Universe*
Publicado originalmente en inglés por DoubleDay Canada.
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Intercontinental Literary Agency LTD.

1.^a edición, junio de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sara Seager, 2020
© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2021
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2021
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3828-1
Fotocomposición: AuraDigit
Depósito legal: B. 7.166-2021

El papel utilizado para la impresión está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Nota de la autora	11
Las luces más diminutas del universo	13
1. Ha nacido una observadora de estrellas	21
2. Un cambio de trayectoria	39
3. Dos lunas	51
4. En tránsito	71
5. Llegadas y salidas	87
6. La ley de la gravedad	103
7. Problemas estadísticos	123
8. La muerte de una estrella	139
9. Un mes de viuda	153
10. Una oscuridad insoportable	167
11. Vivir en la Tierra	179
12. Las viudas de Concord	197
13. Estrellas y perlas	213
14. Chispas	227
15. Rocas en el agua	243
16. El Starshade	257
17. Encuentros casuales	277
18. Claridad	293

19. Un rayo de genialidad	303
20. El último informe	325
21. La búsqueda continua	347
Agradecimientos	355

CAPÍTULO

1

**Ha nacido una observadora
de estrellas**

La primera vez que de verdad vi las estrellas tenía diez años. Era una niña básicamente urbanita, así que casi nunca experimentaba la oscuridad absoluta. Las calles de Toronto eran mi universo. Mis padres se separaron cuando era muy pequeña, y mi hermano, mi hermana y yo pasábamos mucho tiempo solos, viajando en metro y explorando callejones. A veces nos cuidaban jóvenes apenas mayores que nosotros. Uno de ellos, un chico llamado Tom, le pidió a mi padre que nos llevara a todos de acampada.

Las acampadas no encajaban con el concepto de diversión de mi padre. Los canadienses se escapan «al campo» siempre que pueden, y forman grandes colas serpenteantes de tráfico dominguero para llegar a una fracción sagrada de lago y árboles. El doctor David Seager era británico, y a menudo se ponía corbata en fin de semana; para él, lo de dormir en el bosque era cosa de animales.

Pero Tom debió de ser bastante convincente, porque antes de que me diera cuenta ya estábamos de camino hacia el norte. Fuimos a un parque provincial llamado Bon Echo, forjado en un pequeño enclave de Ontario, a tres o cuatro horas de Toronto. Bon Echo alberga una serie de preciosos lagos que parecen casi negros junto al verde de los árboles. Hay playas blancas y acantilados de granito rosa —perfectos para escalar tan alto como te atrevas antes de saltar al agua fría— y espesas alfombras de agujas rojas de pino en el suelo de

los bosques. Bon Echo era el lugar más hermoso que había visitado jamás.

Tal vez fue la ausencia de los sonidos de la ciudad lo que hizo que me costara dormir. Mis hermanos y yo compartíamos una tienda de campaña. Habíamos colocado una maleta pequeña entre nosotros, como si fuera una mesilla de noche. (Como de costumbre, nos las habíamos tenido que apañar solos, y nos habíamos tenido que preparar las cosas nosotros mismos. Nadie nos había dicho que uno no suele llevarse una maleta para irse de acampada.) Mis hermanos hacían los suaves sonidos que hacen los niños cuando duermen.

Jeremy era el mayor, y era alto para su edad. Solo me llevaba un año, pero ese año era crucial y solían ponerlo a cargo de todo. Desde las alturas, dirigía nuestras actividades cotidianas. Julia era la pequeña, bonita y escandalosa, con una luz perpetua en los ojos. Era la favorita de todos. Yo, pequeña y callada, estaba en medio en todos los sentidos. Yo era la oscuridad. Jeremy y Julia son rubios y tienen los ojos azules; yo soy morena y tengo los ojos avellana. Y aquella noche mis ojos también eran los únicos que se quedaron abiertos.

Bajé la cremallera para abrir la puerta de la tienda y salí a la oscuridad. Me alejé lo suficiente como para dejar atrás los árboles.

Y entonces miré hacia arriba.

Se me paró el corazón.

Han pasado muchos años, pero todavía recuerdo aquella sensación en el pecho. Era una noche sin luna y sobre mi cabeza había estrellas, muchas estrellas, cientos, quizá miles. Me pregunté cómo era posible que existiera tal belleza, y me pregunté también por qué nadie me había hablado de ella. Tenía que ser la primera persona en ver el cielo nocturno. Tenía que ser la primera persona en la historia de la humanidad que se había atrevido a salir y a mirar hacia arriba. De lo contrario, la gente hablaría de las estrellas, se las enseñarían a los niños en cuanto abrieran los ojos. Me quedé ahí parada y miré el cielo durante lo que me parecieron horas pero seguramente fueron segundos; yo, una niña que sabía cómo abrirse paso entre el caos de una gran ciudad y de un hogar roto, y que ahora se encontraba, por primera vez, ante un misterio de verdad.

Me sobrecogió la sensación de que aquello era demasiada luz, demasiado conocimiento para asimilarlo de golpe. Corrí de vuelta a la tienda, me hice un ovillo junto a mi hermana y traté de volver a tener solo diez años, concentrándome en el dulce sonido de su respiración.

Mi padre vivía a las afueras de Toronto, en una serie de apartamentos y bungalós pulcros y ordenados. Mi madre, Janis, vivía en una antigua pensión en una zona maltrecha de la ciudad llamada South Annex, con mi padrastro, montones de periódicos viejos y una legión de gatos bautizados con nombres de personajes literarios. Era escritora, poeta.

Yo nunca intimaba con niños que no fueran parientes nuestros, así que desconocía lo diferente que era nuestra familia. Cuando me siento generosa, me digo a mí misma que tuvimos suerte de vivir ajenos a las habituales presiones impuestas por una educación más convencional. Aprendí a creer que la libertad es valiosa en cualquier forma en que se te dé, y que aquella difícil libertad contribuyó a hacer de nosotros quienes somos hoy: Jeremy es enfermero, Julia es arpista, yo soy astrofísica. Pero cuando reflexiono sobre la realidad de nuestra infancia, me cuesta creer que sobrevivieramos, especialmente cuando pienso en mis hijos a esa misma edad. Éramos oseznos a los que echaron a correr entre osos.

Al principio, cuando vivíamos en South Annex, íbamos a una escuela Montessori muy retirada de la ciudad, cerca de la lejana casa que había sido nuestro hogar antes de que mis padres se separaran. No sé por qué seguimos yendo al mismo colegio tras mudarnos a la ciudad, pero tardábamos más de una hora a la ida y a la vuelta, y el viaje implicaba coger dos autobuses y el metro, además de largas esperas en ajetreadas estaciones y andenes entre uno y otro. Jeremy debía de tener unos ocho años, lo que significa que yo tendría siete y Julia, cinco. Tras unas semanas de viajes de ensayo, pasamos a hacer el trayecto solos todos los días.

Jeremy ahorra un puñadito de monedas hasta que le llegaba para comprar una bolsa de patatas de salsa agria y cebolla que com-

partíamos estrictamente. Hoy, el simple olor de esas patatas me devuelve a aquellos autobuses y a aquellos metros. Para pasar el rato leíamos los periódicos —desechados por los adultos o robados de la caja de periódicos cuando alguien compraba uno, antes de que la puerta se bloqueara—, lo que supongo que era un punto positivo. Éramos lo que los educadores modernos llamarían «avanzados».

Un día, mi hermana se cayó en un charco de barro en la parada de autobús en la que empezaba nuestro largo trayecto hasta casa. Después de un viaje bañado en lágrimas, una mujer vio a Julia, que seguía llorando, y se la llevó al baño de mujeres para limpiarla. Tardó una eternidad, y yo entraba y salía para mantener informado a mi hermano, que, preocupado, montaba guardia afuera. Trato de imaginar aquella situación hoy en día: una mujer que se topa con tres niños de menos de ocho años, solos, una de ellas llorando y cubierta de barro. Creo que, hoy, en la mayoría de los casos, la historia terminaría con una llamada a la policía. En nuestro caso, terminó con una desconocida que adecentó como pudo a mi hermana de cinco años antes de montarnos en el metro de vuelta a la ciudad.

Tengo otros recuerdos que causaron daños más duraderos. Mi padrastro era un monstruo, el tipo de bestia que suele vivir en las negras entrañas de un cuento de hadas. No me agredía físicamente, pero era capaz de una crueldad insoportable, y sus cambios de humor eran feroces. Vivía siempre con miedo de contrariarlo.

Él y mi madre seguían en la cama cuando nos íbamos al colegio después de juntar lo que podíamos para prepararnos algo para desayunar y comer. Él no trabajaba, y la carrera literaria de mi madre no era precisamente lucrativa. Mi padre me contó que sospechaba que toda la familia sobrevivía con la pensión que les pasaba por nosotros. Cuando mi padrastro y mi madre tuvieron a mi media hermana, íbamos tan justos que me preguntaba si ahora éramos seis viviendo de una pensión pensada para tres. Julia y yo teníamos que compartir una habitación ya de por sí abarrotada con el bebé. Durante meses los cólicos la hicieron llorar toda la noche, y cuando se le pasaron, se despertaba en cuanto amanecía. Mi madre me ignoraba cuando le suplicaba que

tapara las ventanas, orientadas al este, y siempre era yo quien se levantaba a atender a la pequeña.

A los nueve años, una mañana decidí no llevar a Julia al colegio. (Para entonces ya no íbamos a la escuela Montessori, pero nuestro nuevo colegio estaba a más de un kilómetro a pie.) Julia debía de tener siete años, pero yo quería ir con una de mis medio amigas y no quería que mi hermana pequeña nos acompañara, así que le dije que fuera sola. En lugar de ir por las calles secundarias, más seguras y tranquilas, fue por las calles principales. En una esquina especialmente concurrida, una mujer inestable se enfrentó a ella, le gritó en la cara e intentó golpearla con las bolsas que llevaba. Julia se quedó petrificada y gritó pidiendo auxilio. Pasó un largo rato antes de que alguien le prestara atención. Un agente inmobiliario salió por fin de una oficina cercana y la rescató. Durante los siguientes días, los profesores del colegio me preguntaron qué había pasado. «¡Oh no, la dulce Julia!» Estaban estupefactos.

«Te has metido en un lío tremendo», gritó mi padrastro cuando llegué a casa. No recuerdo exactamente qué dijo después, pero cuando cierro los ojos, esto es lo que oigo: «Eres una mala persona. ¿En qué estabas pensando? Eres una irresponsable. Eres una niña ingrata y estoy furioso contigo».

Tendría que haber cuidado de mi hermana, pero no dejaba de tener nueve años. Esa noche fui yo quien se despertó llorando.

Pasábamos los fines de semana con mi padre, al principio en su apartamento cerca de unas autopistas enormes. Esos dos días eran como tener vacaciones del miedo. Mi padre se echaba la siesta para compensar el sueño perdido durante toda la semana laboral, mientras mi hermano, mi hermana y yo pasábamos el rato jugando, a menudo a juegos inventados por nosotros mismos. Una tarde, salimos al balcón. Vivía en el decimoctavo piso. Era lo más lejos del suelo que habíamos estado nunca, y, con un impulso que consideré bastante natural, decidimos tirar todo tipo de objetos por encima de la barandilla para

verlos caer. Nada que pesara: un peine, una muñeca. Pero la gravedad es como es, y cualquier cosa gana velocidad si se lanza desde tan arriba. Seguíamos nuestros proyectiles con la mirada para verlos aterrizar y nos esforzábamos para oír el momento del impacto, mientras aprendíamos un poco sobre la física de la aceleración de la velocidad del sonido. Entonces bajábamos en el ascensor, los recogíamos, y vuelta a empezar.

Cuando mi padre se despertó y vio lo que estábamos haciendo, se enfadó mucho. Podríamos haberle hecho daño a alguien, y no debíamos salir del edificio solos. Yo ni siquiera entendía que ese tipo de reglas pudieran existir, y mucho menos que debiera seguirlas. Desde entonces he sabido que muchos científicos eran revoltosos de pequeños, y la cepa específica de sus trastadas puede ser un buen indicador para predecir el campo de estudio que escogerán en el futuro. Los químicos, por ejemplo, suelen atravesar períodos de piromanía infantil. Los biólogos pueden mostrar una curiosidad un tanto excesiva acerca del interior de las ranas. Los físicos, en algún momento de nuestras vidas, lanzamos objetos desde las alturas.

A pesar de que ese experimento no fue de su agrado, mi padre prefería dar ejemplo, enseñar mediante la ilustración. Su primer apartamento no estaba hecho para acomodar a una familia, y dormíamos en camas improvisadas, pero al menos no teníamos que preocuparnos por que unos extraños gatos blancos llamados Rosencrantz y Guildenstern marcaran el territorio sobre nuestra ropa. Una mañana, estaba recogiendo la cama plegable que compartía con mi hermana cuando rasgué sin querer la manta naranja de poliéster que habíamos usado. Mi padrastro me había condicionado a esperar que mi dejadez tuviera consecuencias, y empecé a llorar de una forma inconsolable.

Mi padre no entendía aquel disgusto, ya que mi reacción no era proporcional con lo que había ocurrido. Por desgracia, no ató cabos. Nos había oído quejarnos de nuestro padrastro, pero creo que pensó que éramos los típicos hijos de divorciados que detestan a los padres sustitutos por instinto. En ese momento, no vio nada más que a su hijita, asustada, destrozada por un desgarró en una manta barata.

Nunca he olvidado lo que hizo a continuación. Cogió la manta por cada lado de la rasgadura y la rompió en dos ante mis ojos inyectados en sangre. Trataba de enseñarme que algunas cosas importan y otras no, pero en aquel momento, mi interpretación fue otra: el lugar en el que estás lo cambia todo.

A medida que fui creciendo, cada vez estaba más unida a mi padre. Con él, me sentía comprendida. Fue médico de familia durante muchos años, y su ajetreada consulta era una piedra angular en la pequeña localidad de Markham, al norte de la ciudad. Con el tiempo, Markham se convirtió en una ciudad, y mi padre siguió en el centro de todo. El proceso fue lento, pero logró abrirse camino, y se mudó a un bungalow en una zona residencial del norte que, a mis ojos, era el paraíso. Siempre había sentido el tiempo que pasaba con él como un indulto; ahora, cada fin de semana era una fuga.

Mi padre veía que yo funcionaba de un modo algo diferente, que mi cerebro no era como el de otros niños. A veces manifestaba en voz alta su preocupación por el hecho de que era demasiado seria y sonreía poco. Un día, mientras mirábamos unas fotografías, me enseñó a qué se refería: mis ojos se veían tristes y desenfocados, como si estuviera mirando algo que nadie más veía. Me confesó que se había preguntado si padecía algún problema de desarrollo. Décadas después encontré una etiqueta que ponía nombre a esa díscola mirada mía, un diagnóstico que me situó en el espectro autista. Pero entonces, y durante el resto de la vida de mi padre, simplemente era su hija, una hija algo diferente. Pasé mucho tiempo preguntándome —y agonizando— acerca de mi sensación de diferencia, pero mi padre me aceptaba sin reservas.

Recuerdo que en una ocasión invitó a un amigo a cenar que comentó que mi interior pertenecía a alguien mucho mayor, y mi padre se creció ante la idea de que mi cuerpo no se correspondiera con mi alma. Creía en la reencarnación y se preguntaba si nos habríamos conocido en una vida anterior y si ello explicaba nuestra conexión. Estaba convencido de que nos encontraríamos de nuevo en el futuro.

Para cuando cumplí once años, los libros ya se habían convertido en mi vía principal de conexión con el mundo, y cuando salió el tema de la reencarnación, hice lo que siempre hacía y fui a la biblioteca a leer sobre la idea de la vida después de la muerte. Mi investigación me llevó a concluir que la muerte era definitiva, pero mi padre me había ofrecido otras posibilidades. Para él, ser padre consistía en eso: su misión era hacernos de guía por entre las maravillas de la existencia humana. Decidió que sería médico, como él, y empezó a encaminarme hacia ese tipo de éxito concreto. Me ponía música clásica y me daba libros que estaban muy por encima de mi entendimiento. Recuerdo que me dio uno de George Gamow titulado *Un, dos, tres... Infinito*. Lo leí, tal como se me había indicado. No entendí absolutamente nada.

Hubo otro libro, rojo, finito y de bolsillo llamado *La magia de creer* que sí me impactó. Mi padre había comprado una caja entera de ese libro y se lo regalaba a todo aquel que lo quisiera. Era una investigación histórica sobre el poder del pensamiento positivo. Lo leí una y mil veces. Mi parte favorita era la historia de una niña llamada Opal, hija de un leñador de Oregón, que creía pertenecer a la realeza francesa. La mayoría la trataba de lunática, pero para cuando cumplió los veintitantos ya formaba parte de una familia real, aunque en la India, donde un periodista la descubrió en un carruaje magnífico tirado por caballos. Aquel libro me hizo creer en un tipo de «magia práctica»; esto es, en que la visión lleva a la planificación y esta, a su vez, genera oportunidades. Podía mejorar mi vida a fuerza de desearlo.

Mi realidad se mostró resistente al cambio. A los doce años, mi padre me matriculó en un colegio privado, St. Clement's School, para niñas anglicanas. Éramos judíos, en la teoría más que en la práctica, de forma que solo encajaba a medias, pero era el único colegio privado que me aceptó. Pasé sin problemas las pruebas de acceso de todos los demás colegios, pero las entrevistas eran otra historia. En ese momento, pensé que quizá pensaban que carecía de las capacidades sociales necesarias para integrarme. Ahora, al echar la vista atrás, creo que es más probable que tuviera que ver con mi silencio durante lo que se

suponía que debía ser una conversación. Nunca sabía qué decir, así que apenas hablaba.

Entré en St. Clement's en séptimo. Teníamos prohibido salir de los confines del colegio, pero yo llevaba vagando por las calles de Toronto sola desde los seis años. Había una pastelería en la calle de enfrente que me llamaba a gritos, y no iba a dejar que una regla idiota me impidiera ir. Unas semanas después de llegar al colegio, crucé la calle.

En un colegio como St. Clement's, aquella ofensa era equiparable a provocar un incendio, y en cierto modo sí prendí una llama. Las otras niñas empezaron a poner en duda nuestro plan de estudios, el cual había sido diseñado para que obedeciéramos. Empezaron a hacer trampa en la sala de estudios y a escribir obscenidades en las pizarras. (Una chica escribió «Jesús te quiere», lo que se consideraba ofensivo por razones que jamás llegué a comprender.) La directora me consideraba el catalizador de aquella rebelión, seguramente porque lo era. Me llamó a su despacho más de una vez. «Sara —empezaba siempre—, eres muy lista, y guapa, y las otras alumnas te siguen. Podrías hacer mejor uso de tus cualidades.» Algo en mí había cambiado, y sus palabras me crispaban. ¿Por qué tenía que ser como ella creía que debía ser?

Cuando algunos padres empezaron a prohibir que sus hijas hablaran conmigo, me di cuenta de que había llegado el momento de cambiar de colegio. Volví al sistema público; uno o dos años después, ya había aceptado totalmente mi destino. Empecé a salir con un grupo de adolescentes desarraigados de colegios de toda la ciudad. Se corría la voz y quedábamos por la noche en algún andén del metro. Ninguno era exactamente amigo mío, pero había dos chicas mayores que se apiadaban de mí y se aseguraban de que fuera a las fiestas. Se reían de mi ropa antes de dejarme algo mejor, y yo las seguía como una mascota, tratando de aprender cómo sentir lo que sentían la una por la otra. (Su pitorreo era mejor que el puro tormento al que a veces me sometían en el colegio.) Nos colábamos en los poros de la ciudad como el mercurio. Corrían ríos de alcohol y abundaban las drogas. Podía ser la hija de mi padre, pero solo el fin de semana. Entre semana, seguía

viviendo con mi madre y mi padrastro, y esas cinco noches trataba de mantenerme lejos de su vista.

A finales del invierno y en la primavera de 1987, cuando ya tenía quince años, apareció una estrella nueva en el cielo del sur. Una supergigante azul llamada Sanduleak -69° 202 había estallado en la Gran Nube de Magallanes, una galaxia satélite enana próxima a la Vía Láctea. Fue la supernova más próxima a nosotros en aparecer en cerca de cuatrocientos años, y la primera oportunidad que tuvieron los astrónomos modernos de presenciar de primera mano la muerte de una estrella y el nacimiento de otra. Estaba a 168 000 años luz de la Tierra, pero para verla no hacían falta telescopios: desde su descubrimiento en febrero y hasta el punto de mayor brillo en mayo, los últimos vestigios de su luz quedaron prendidos en el cielo. Los astrónomos no pudieron confirmar que la estrella perdida era la Sanduleak -69° 202 hasta que hubo desaparecido su último destello.

Una tarde de domingo había quedado con unas chicas del colegio para ir a patinar, pero cancelé mis planes para ir a una presentación sobre la nueva supernova en la Universidad de Toronto. Entre los ponentes trajeados, uno que iba en vaqueros llamaba la atención. Resultó ser el astrónomo que había descubierto la Supernova 1987A y el resplandor de su halo. Dos mil personas, sentadas en hileras que salían del escenario, lo escuchaban hablar. El silencio era sepulcral, y yo, cautivada, me dejaba embelesar por el asombroso relato de su descubrimiento. Bastó con la autodestrucción de una estrella para que la fascinación que me había sobrevenido en Bon Echo prendiera de nuevo en mi interior.

Ese verano cumplí los dieciséis. Dejé de juntarme con el grupo de adolescentes: una noche estábamos en un ferry de camino a las Islas de Toronto, tratando de dejar atrás otra noche eterna y aburrida, cuando vi las luces de un barco que iba en sentido opuesto y me di cuenta de que preferiría estar en él, y no en el que estaba. Empecé a trabajar en una atracción de carnaval en la Exposición Nacional Ca-

nadiense, esa de los peces de plástico imposibles de atrapar. Después de tres semanas aguantando a la muchedumbre y el calor, había amasado la gran suma de 400 dólares. Invertí hasta el último centavo en un telescopio reflector de unos diez centímetros.

Dejé el telescopio en casa de mi padre, y el invierno siguiente pasé todos los fríos fines de semana en un aparcamiento enorme, mirando las estrellas. Mi padre me acompañaba a menudo, tiritando a mi lado, y nuestro vaho formaba una única nube en el frío.

Recuerdo perfectamente la noche en la que encontramos a Júpiter.

Aquí en la Tierra, mi padre decidió embarcarse en una segunda carrera: empezó a ofrecer trasplantes capilares. A pesar de su éxito en la medicina interna, disfrutaba del sentimiento de volver a empezar, de colocar los cimientos de otra lenta construcción. Yo le encontraba un significado agridulce a su nueva actividad. Devolver el cabello a sus pacientes no les salvaba la vida, pero, en cambio, se convertían en sus admiradores más fieles. Habían padecido años de estrés e inseguridades, el dolor de un hecho inevitable e indeseado, y ahora había un hombre que les traía la promesa de arreglar todo lo que habían perdido junto a sus cabelleras.

Las reconstrucciones capilares eran una salvajada. Los desesperados hombres se sometían a que les recortaran cientos de parches de la cabeza o secciones enteras de cuero cabelludo. Aquellas intervenciones podían dejarlos peor y más vulnerables que antes, y en algunos casos la cura era peor que la enfermedad. Uno de los efectos secundarios más comunes era la llamada «cicatriz de escopeta». Mi padre quería algo mejor y se obsesionaba con mejorar su técnica, que se diferenciaba en que hacía miles de injertos de folículos individuales que quedaban más naturales. Experimentaba con cualquier adelanto prometedor que se inventara —fue de los primeros en utilizar láser antes de desecharlo porque abrasaba precisamente lo que debía coser— y jamás parecía satisfecho, ni siquiera con las mejores obras de sus expertas manos. Puede parecer que lograr que la línea del naci-

miento del cabello quede razonablemente bien no sea el objetivo más escurridizo del mundo, pero no hay nada que desafíe a la imitación tanto como la naturaleza, y la entrega de mi padre a su trabajo y a sus pacientes dejó huella en mí. Aquella fue su enseñanza más accidental y, al tiempo, la más significativa. Había algo inspirador en su negativa a aceptar el presente como realidad perpetua.

Tras breves estancias en otros colegios, finalmente aterricé en el Jarvis Collegiate Institute, un instituto público cerca del centro de la ciudad con una reputación intachable en matemáticas y ciencias. Era diverso en todos los sentidos: estaba lleno de inmigrantes de todo el mundo y albergaba una pasmosa colección de sibaritas y callejeros, genios y rezagados. Jarvis Collegiate era el lugar perfecto en el que ser un lobo solitario. No había presión por pertenecer a un grupo porque nadie se ponía de acuerdo en qué era guay. No me sentí aliviada por haber conectado con alguien, sino por no tener que preocuparme por establecer conexión alguna.

Un día iba de camino al colegio, sola, como siempre —atajando por el campus dividido de la Universidad de Toronto, la mitad antigua de piedra, la mitad nueva de cristal—, cuando vi un cartel que anunciaba que ese fin de semana se celebraría una jornada de puertas abiertas. El sábado volví, busqué el ascensor del edificio más alto del campus y le di al botón de uno de los pisos de más arriba. Llegué al departamento de astronomía. Había una mesa ocupada por profesores y alumnos que repartían montoncitos de papeles, y en ese instante me di cuenta: la astronomía podía ser más que una pasión, podía ser una carrera. Entonces me comprometí conmigo misma a ponerme en serio con los deberes. Si sacaba buenas notas, podría entrar en la universidad, lo que me permitiría mirar las estrellas durante el resto de mi vida. Magia.

La mayoría de las asignaturas me resultaban fáciles, con la notable excepción, inicialmente, de la física. Me costaba aplicar sus ecuaciones al mundo real; la vida me parecía mucho más arbitraria y caótica. La mía, al menos, lo era. Pero entonces, un día, mi profesor de física nos dio un muelle de espiral a cada uno, y colocó una tabla con un agujero en el otro extremo de la clase. El propósito del ejercicio era que

calculáramos la fuerza constante del muelle, y que usáramos la ley de Hooke y las ecuaciones del movimiento para dar con el ángulo perfecto para lanzar el muelle de forma que cruzara el aula y se metiera en el agujero.

Uno a uno, todos lo intentamos. Más o menos un tercio de la clase dio con el punto. (Tengo mis sospechas sobre cuántos habían seguido la ley de Hooke y cuántos se lo debieron al azar.) Hice los cálculos y los comprobé una y otra vez antes de que llegara mi turno. Coloqué el muelle en el ángulo y disparé. Me quedé con la boca abierta al ver cómo el muelle formaba un arco perfecto a través del aula y entraba directamente en el agujero.

Al empezar mi último año de instituto, me sorprendió que me dieran tres sobres junto con el horario. El primero contenía una carta que decía que el año anterior había sacado las mejores notas de todo el curso (había quedado la primera de entre unos trescientos alumnos). En los otros dos sobres había premios de asignaturas. Ni siquiera sabía que mi instituto concediera premios académicos, ya que nunca había recibido uno y siempre me había saltado las asambleas en las que se entregaban. Un par de días después, nos reunimos en el auditorio del colegio. Yo formaba parte de la banda de música del colegio y tocamos antes de la entrega de premios. Cada vez que pronunciaban mi nombre, tenía que dejar la flauta y cruzar el escenario. Me sentía incómoda, puede que incluso avergonzada, ya que un pequeño montón de certificados no tardó en acumularse junto a mi partitura.

Uno de mis antiguos amigos de juergas, con quien ya no me trataba, se me acercó en el auditorio.

«No sabía que fueras tan lista», dijo.

Todavía oigo cómo lo dijo, con una extraña mezcla de rabia y pedantería y confusión. En un momento dado había querido ser mi novio, pero yo no lo veía de esa forma. Quizá esa fue su oportunidad de rechazarme.

«Ni yo», contesté.

Supongo que tendría que haberme alegrado o sentido orgullosa de mis logros, pero lo cierto es que no les di demasiada importancia. Los veía desde un punto de vista lógico: en las asignaturas en las que había sacado las notas más altas, había ganado premios. Eso me cuadraba. Lo que me cuadraba menos era que hubiera sacado las notas más altas la primera vez que me lo había propuesto. No había trabajado de forma incansable ni tampoco había perseverado; sencillamente, había decidido esforzarme más. Algo no encajaba. Ser la mejor tendría que haber sido más difícil.

Mi padre estaba más contento que yo, hasta que le dije, otra vez, que no quería ser médico. Desde mi visita a la universidad, había insistido en que iba a ser astrónoma. La próxima vez que me quedé con él, me dio un buen sermón. Fue uno de los pocos fines de semana juntos que se me hizo largo en lugar de corto.

«Tienes que poder encontrar un empleo y mantenerte —dijo—. Y jamás dependas de un hombre.» La resistencia de mi padre ante mis ambiciones me parecía irónica. Un vidente le había dicho una vez que se haría famoso, y a principios de los noventa se había ganado una fama atípica gracias al camino poco convencional que había elegido: el Centro de Trasplantes Capilares Seager —y las vallas publicitarias que lo anuncian siguen rindiéndole homenaje más de una década después de su muerte—. Él atribuía gran parte del mérito de sus logros a *La magia de crear*, pero cuando se trataba del futuro de su hija, no estaba tan dispuesto a desafiar al Destino.

«Nadie triunfa comerciando con lo abstracto», me dijo durante su regañina. «El mundo quiere evidencias —afirmó, casi gritando—. El mundo quiere pruebas.» Oía lo que decía, pero no lo escuchaba. Júpiter tenía argumentos de mucho más peso.

Hay una obra de teatro muy famosa, *Equus*, que trata sobre un chico atormentado que ama ciegamente a los caballos. El muchacho visita a un psiquiatra llamado Martin Dysart, quien trata de entenderlo y comprender su pasión. Dysart se queda perplejo:

Un niño nace en un mundo de fenómenos de igual poder esclavizador —dice—. Huele, mama, posa los ojos sobre el incontable rango. De pronto, uno lo agarra. ¿Por qué? Los momentos se encadenan como imanes, formando una cadena de grilletes. ¿Por qué? Puedo trazarlos. Puedo, incluso, con tiempo, volver a separarlos. Pero por qué al principio estuvieron magnetizados —esos momentos particulares de experiencia y no otros—, lo desconozco.

Yo también puedo rastrear mi amor. ¿Por qué las estrellas y no los caballos, o los chicos, o el hockey? No lo sé; no lo sé. Tal vez sea porque las estrellas son la antítesis de la oscuridad, de los padres agresivos y de las hermanas pequeñas en peligro. Las estrellas son luz. Las estrellas son posibilidad. Son los lugares en los que coinciden la ciencia y la magia, ventanas a mundos más grandes que el mío. Las estrellas me dieron la esperanza de que un día quizá diese con las respuestas correctas.

Pero mi amor por ellas es mucho más que eso. Cuando pienso en las estrellas, siento una atracción casi física. No quiero limitarme a mirarlas, quiero conocerlas, de la primera a la última, una estrella por cada grano de arena terrestre. Quiero bañarme en la luz de los cientos de millones de soles que brillan en los billones de cielos que existen tan solo en nuestra galaxia. Para mí, las estrellas representan más que una posibilidad; son una probabilidad. En la Tierra, las probabilidades parecían jugar en mi contra, pero el lugar en el que estás lo cambia todo. Cada estrella era, y sigue siendo, otra oportunidad de encontrarme en otro lugar. En un lugar nuevo.